

En medio de todo esto la Iglesia inconsecuente pagaba su inconsecuencia en las guerras civiles por esta causa engendradas con rapidez, y sostenidas con verdadero encarnizamiento. No hay sino leer para persuadirse de esta verdad las obras de Santo tan piadoso como Sulpicio Severo, quien nos refiere en la vida de Martin de Tours las querellas sembradas en la Iglesia por las enconadísimas diferencias entre perseguidores y no perseguidores eclesiásticos, los cuales mutuamente se excomulgaban por la sencilla teoría de la persecucion. El cristiano mas virtuoso de aquel tiempo y que mayor influencia ejerciera en los ánimos, apenado por el espectáculo de persecuciones, que tanto desdecían de la caridad cristiana y que en tal grado turbaban el orden regular de la Iglesia católica, encaminóse á la corte de Máximo con ánimo de restablecer la saludable concordia. En efecto, presentóse al Emperador y comenzó por instarle á que perdonara de todo corazon á los reos de las guerras políticas para concluir por pedirle que, en Dios y en su conciencia, perdonara aun de mejor grado á los reos de las guerras religiosas. Los partidarios de la intolerancia cayeron sobre el Emperador y trataron de mostrarle á cuánto se exponía, si desautorizaba sentencias ya cumplidas y rehacia la memoria de gentes por su justicia en definitiva y sin apelacion ajusticiadas. La confusion del poder civil y del poder religioso en una sola cabeza traerá siempre dificultades gravísimas y sembrará en los ánimos y en los pueblos venenosa semilla de anarquía. Para no disgustar á sus partidarios, los perseguidores, y para no desconocer la virtud y la doctrina del Santo que los condenaba, pretextó Máximo que los priscilianistas fueron tenidos, no por reos religiosos, rebeldes á la autoridad de la Iglesia, sino por reos políticos rebeldes á la autoridad del Estado. Y, á consecuencia de esta reflexion, reiteró las órdenes contrarias á los priscilianistas y firmó sus sentencias de muerte. Tal proceder agravaba el disentiimiento entre las Iglesias, que poco á poco iba convirtiéndose en verdadero cisma. Los perseguidores y los no perseguidores odiaban igualmente el priscilianismo; pero creían estos bastante la fuerza moral y la virtud de la predicacion, mientras creían aquellos necesarias las coacciones del Estado para el sostenimiento y propagacion de las doctrinas cristianas. Ibale mucho á Máximo en que la teoría de los perseguidores prevaleciese, porque aumentaba sus facultades políticas con facultades y atribuciones reli-

giosas. Conociéndolo así Martin de Tours, puso su ardiente caridad sobre su antigua doctrina; y prometió al César profesar él mismo los principios cesaristas, convenir él mismo en la legalidad y hasta en la justicia de la persecucion, pasarse él mismo á la secta de Idacio, si alcanzaba por premio la vida y la libertad de los perseguidos. Creyó el obispo de Tours en su candor sublime mas meritoria una transaccion, la cual daba vida inmediatamente á muchos desgraciados, que la tenacidad estéril en respetar y sostener abstractos y combatidos principios. Máximo acordó la vida de los priscilianistas con tal que Martin le acordara la sujecion á sus pretensiones. Y Martin de Tours, por pura piedad de ánimo, asistió á la ordenacion de Félix, el cual pertenecía al sentir y al pensar de los que sustentaban la coaccion oficial. Las transacciones, aunque impuestas por la virtud, costaron increíble esfuerzo al piadoso Santo, y despues de haberlas consumado, sobrevínole cruel remordimiento, porque nada tan terrible como estas violaciones á la fe; y desde entonces recluyóse en su retiro, apeló á la maceracion y á la penitencia temeroso de que Dios, en sus altos é inescrutables juicios, no le perdonara como no le perdonaba implacable su propia conciencia; y en diez y seis años que aun duró su vida, no reapareció en las asambleas de aquellos obispos bastante voluntariosos para admitir un dogma bajo cuya vocacion habian muerto los mártires del Cristianismo y habian venido sobre la cristiandad atribulada los horrores de la persecucion. Confesémoslo; razon tenia Martin de Tours para llorar, si preciso era con lágrimas de sangre, la tristeza de un tiempo en que la doctrina por excelencia emancipadora del hombre, la doctrina espiritualista por excelencia, la doctrina que separaba la esfera civil de la esfera teológica, la doctrina cristiana, en una palabra, cometía el error irreparable de adherirse á la omnipotencia del Estado, sobre la cual se fundaba el bárbaro cesarismo antiguo, enemigo de Cristo y de su Iglesia.

Hoy que los dogmas están formados y definidos; y la Iglesia sobre sus bases asentada; y el Cristianismo reinante tras el largo discurso de los tiempos; no alcanzamos la incertidumbre reinante en los tiempos evangélicos y en los subsiguientes á estos, que llamamos siglos primeros de la Iglesia. Pero no se asciende en las investigaciones históricas sin hallar á cada paso una prueba de la imperfeccion aneja á toda asociacion y á toda doctrina in-

cipientes. Ningun dogma de la universalidad y de la grandeza que tiene el dogma de la Eucaristía. Ningun sacramento rodeado por la Iglesia con señales tan manifiestas de adoracion casi extática. Por medio de la hostia recibida al pié de los altares y consagrada por la palabra de los sacerdotes, el cuerpo y la sangre de Cristo pasan á nuestra vida y su pureza y hasta su divinidad trascienden á nuestro sér y se derraman por nuestras venas. El Salvador está á un mismo tiempo en su trono de gloria y en el frágil organismo de la terrena humanidad. Con solo entrar en nuestras iglesias aprende el mas ajeno á nuestras ceremonias toda la santidad que le da el rito y toda la veneracion que le da el cristiano al dogma de la trasubstanciacion. En el instante de consagrar, se acrecienta el recogimiento en las almas, la oracion se exalta en los labios, el órgano lanza sus melodías mas suaves, y el creyente ve la divinidad, que ha encendido con su soplo la luz de las estrellas y ha llenado con su verbo de creaciones innumerables los espacios, descender hasta este gusano de la tierra y divinizarlo como el incendio incendia los objetos combustibles y los quema, y los derrite, y los convierte en sus propias llamas. Pues bien, la eucaristía no se practicaba en los primeros tiempos como hoy se practica. No se acercaban los fieles al sacro altar á recibir en su paladar la hostia; la cogian en sus manos, la llevaban á su casa, la deponian en cualquier sitio consagrado para consumirla á su comodidad en el estado del ánimo y en el instante del dia que mas cuadraba á sus propósitos y que mas conviniese á su piedad. Casi todos los padres de la Iglesia cuentan que, en su tiempo, en los cinco primeros siglos, el sacerdote entregaba la hostia consagrada al primero que la pedia, y hasta los niños las tomaban de los altares, las disolvian en agua y las llevaban á sus respectivas casas para dárselas á los enfermos y apercibirles de esta manera, si la muerte les asaltaba y les rendia, al paso de este mundo y á la eterna salud en el otro. Por tales caminos inciertos y por tales procedimientos propios de la humana debilidad crecen las mayores obras que protegen á las sociedades humanas y que llenan las páginas de la historia. No, no puede dudarse; si no el dogma en sí, el conocimiento del dogma por la humana inteligencia empieza borroso é imperfecto.

La virtud capital del Cristianismo ha consistido siempre en su poder de

asimilacion. Ningun esfuerzo por el bien y ningun principio conducente al desarrollo de sus dogmas han sido despreciados por los que encabezaron y dirigieron el movimiento cristiano en los siglos primeros de la Iglesia. Por este medio las edades antiguas han aparecido como arcos triunfales, bajo cuyas líneas han pasado vencedoras las edades cristianas. La razon tan denostada por los católicos extremos; la conciencia tan desoida por todos los exagerados, han ido elevándose poco á poco en la nueva fe á la categoría de una revelacion permanente. Dios no ha escrito su nombre incomunicable tan solo con letras en la Biblia; lo ha escrito tambien con estrellas en el espacio y con ideas en la conciencia. Si estudiáis, por ejemplo, á San Clemente, os dirá que los profetas han iniciado á los judíos en el cristianismo y los filósofos á los idólatras; y que si aquellos han tenido el libro de la ley como proemio necesario á la revelacion evangélica, han tenido estos el libro no menos sublime y no menos revelador que se denomina la ciencia. De esta suerte, los grandes cantores á las orillas del Eufrates y los grandes sabios á las orillas del Pireo; á la sombra de los plátanos griegos los unos, á la sombra de los sauces babilónicos los otros; pulsando aquellos sus arpas y difundiendo estos sus ideas, han formado dos coros, invisibles entre sí respectivamente, apartados por el tiempo y por el espacio, pero cuyas voces se han unido y acordado en la celeste inmensidad, formando como el ritmo armoniosísimo de la idea cristiana. Por un lado los judíos alejandrinos, como Philon, iban acercándose poco á poco á los altares griegos, donde encontraban la idea helénica por excelencia, la idea del Verbo; y por otro lado los helenos neo-platónicos se iban acercando á su vez á los altares judíos, donde encontraban, adorado por un pueblo, que á guisa de sacerdote se reclusa en su templo, el sér de los séres, la esencia incomunicable y absoluta, Jehová el Eterno, criador de todas las cosas y providencia de todos los sucesos. San Jerónimo reconoce que las Sibilas recibieron de los cielos el don de profecía; San Agustin les abre de par en par su mística Ciudad de Dios; y San Gregorio Nacianzeno las cree inspiradas por los profetas hebreos, cuando la Sibila en Cumas y en Libia, no era sino una intérprete, mas ó menos clara, mas ó menos inspirada, de los oráculos paganos. Pero estas sumas de ideas; esta aproximacion de la sinagoga de Jerusalem y de la escuela de Alejandría;

esta comunidad entre los sentimientos del profeta y las ideas del filósofo; esta síntesis entre los anuncios de los libros bíblicos y los oráculos de los libros sibilinos prueban cómo en los tiempos primeros del Cristianismo la razón era admitida cual una revelación más y la ciencia cual una parte integrante de la teología. Así, no de otra suerte, debe procederse cuando se quiere fundar algo humano: prescindir de lo pasado es como prescindir de la raíz, negarse á lo porvenir es como negarse á la expansión de la vida: que así como estamos entre las dos esferas de lo ideal y de lo real, estamos entre lo pasado y lo porvenir, entre los recuerdos y las esperanzas, como término medio que somos los humanos entre lo finito y lo infinito.

Más era necesario no exagerar las relaciones del Paganismo con el Cristianismo, porque se caía fácilmente en el grave error de convertir la doctrina cristiana en una secta antigua. De este error no estuvo exento uno de los hombres más sublimes, uno de los pensadores más profundos, uno de los artistas más elocuentes que en sus anales guarda la humana historia, el inmortal Orígenes. Diríase que este cristiano exaltadísimo hasta el delirio, sediento de la verdad divina, conocedor de la teología cristiana, deseaba permanecer, sin dejar todos estos caracteres, entre los discípulos de Pitágoras y de Platón, como hijo natural que era de la raza de estos grandes filósofos, de la inspiradísima raza helena. Para mostrar hasta qué punto llevaba su exaltación, no hay sino decir que se mutiló á sí mismo, á fin de que las tentaciones amorosas no le asaltasen y no le distrajesen de sus contemplaciones y de sus estudios. Pocos hombres, quizás ninguno, han reunido en el grado de Orígenes á la religiosidad sublime del Oriente la clásica armonía y la artística perfección de los griegos. Parece su palabra un oráculo del Asia, salido de un altar eterno y puesto en versos perfectísimos por un poeta griego que acaba de recoger la inspiración pagana en las orillas del Cefiso y en las raíces del Hiblea y del Olimpo. Pitagórico y platónico, para él los seres, que pueblan los espacios, han descendido del Eterno, como descienden las partículas luminosas de los astros, y están al Eterno unidos como está unido el calor á la luz; y en esta unión estrecha ni tuvieron principio ni tendrán fin, conservando su libertad, su poder de obrar el bien ó el mal eternamente, y bajando y subiendo en la escala de las sucesivas creaciones, según que al ideal de

perfección se acerquen ó se hundan en las espesas tinieblas del vicio y del error. Estas ideas le llevan naturalmente á una especie de Paganismo filosófico. Así como los antiguos paganos creían respirar el aliento de una diosa en el cefirillo perfumado de las florestas, y ver el cuerpo de una ninfa en las ondulaciones de las cristalinas corrientes, y oír el coro de los genios campestres en el zumbido de las abejas y en el gorjeo de las aves y en el chirrido de las cigarras, dando formas humanas á los seres inanimados é inorgánicos, Orígenes, que sobre cada objeto, sobre cada cosa, por inmóvil que pareciese, veía la luz de un ideal, personificaba estos ideales con personificación verdaderamente atrevida en los ángeles que atravesaron los espacios infinitos para llevar la luz divina á los abismos de la nada y para poblar la inmensidad de tal suerte, que así como el rayo del sol baja hasta nuestra retina para comunicarnos con el esplendente disco, el ángel pinta la flor, enciende la estrella, compone la música de los bosques, late en la yema de los árboles, tiñe el azul de los cielos, alienta y sostiene á los orbes en su carrera, y derrama oraciones, plegarias, incienso, místicas ideas en todo el universo, convirtiéndolo en una Iglesia viviente, en una Basílica espiritual, en una epopeya religiosa que se acerca y se confunde con su Criador. En su exaltado misticismo no podía comprender Orígenes el mal como eterno y la existencia del infierno como perdurable. Para su alma, encendida en el amor divino, el ser perfecto no puede dar de sí seres imperfectos, el ser absolutamente bueno ¡ah! no puede dar de sí seres eternamente malos. El mal se explica como una especie de frío, que sobrecoge más á las criaturas cuanto menos se acercan al divino fuego de la sustancia eterna. Hay alejamiento de Dios, pero no separación absoluta, como hay noche, pero no definitiva y eterna. El Verbo se ha hecho carne, y ha descendido al mundo contingente, tan solo para acercarse á las criaturas tocadas del mal, y avisarles dónde está el remedio y dónde la salud. La redención es universal. No solo necesita redimirse el alma humana, lo necesita también el átomo que se ha corrompido, la tiniebla que se ha espesado, la ponzoña que envenena, el error que extravía, el mal en todos sus aspectos y bajo todas sus formas. Y por esta razón las criaturas recobrarán su pristina esencia y volverán á recibir el bien que han perdido por su alejamiento de Dios. Y Cristo será el redentor universal, y bajará á los infiernos, y derretirá los mares de